

Interludio etnográfico

TALAVANTE EN BARCELONA

Los turistas extranjeros se convirtieron en un público nuevo, e inmenso, para las corridas. Entre 1950 y 1975 se triplicó el número de las que se celebraron en España.¹

Barcelona city council has declared itself against bullfighting but some citizens continue to be strongly attached to this controversial activity. Fights are staged on Sunday afternoon in spring and summer at the Plaça de Braus Monumental. The 'fun' starts at around 6pm. Tickets are available at the arena or through ServiCaixa.²

Al tiempo que tomaba notas para uno de los mejores libros de viajes por España que se han escrito nunca, un pacientísimo escritor estadounidense se pasó toda la década de 1960 acechando el duende torero de Curro Romero.³ Sin ningún éxito: veintiuna corridas y en las veintiuna pegó tremendo petardo el torero de Camas. Tras setecientas y pico páginas de currismo desengañado, desesperado de la vida y a punto de tomarse el avión de vuelta a Nueva York, unos amigos le sacan entradas para ver a Curro dos tardes seguidas en Las Ventas de Madrid. *Las dos famosas tardes*. La primera corrida acabó con Romero en comisaría por negarse a matar a un toro. Al día siguiente el mismo señor, con todo su mismo miedo a cuestras –«Tiene más miedo que toda la plaza junta», decía mi abuelo, «y va y torea»– salía a hombros por la Puerta Grande y el escritor americano, ese santo, había, por fin, asistido al milagro del toreo.

Mediados del mes de julio de 2006, Ana Fátima y yo pasábamos unos días de vacaciones en casa de unos amigos en Canet de Mar, un pueblo de la costa del Maresme barcelonés. En el periódico vi el anuncio de una corrida de toros dominical en la Plaza Monumental de Barcelona. El cartel me pareció atractivo e interesante. Atractivo por la terna de espadas: Jesús Manuel 'El Cid', David Fandila 'El Fandi' y Sebastián Castella, que había sido uno de los triunfadores en la pasada Feria de San Isidro de Madrid. Interesante porque pensé –erróneamente como se verá– que la ganadería de Vitoriano del Río, cuyos bichos pastan en las dehesas de Guadalix de la Sierra, estaba hecha un churro. Una birria de toros. Seguro –pensé para mí– que lo que voy a ver va a ser más

bien un espectáculo cómico taurino para turistas; no la mundialmente famosa *corrida* sino la *turistada*, género parateatral localmente no menos mítico. Pues sí es así mejor que mejor –estaba por entonces justamente enfangado en la escritura de un largo ensayo antropológico sobre las frondosas raíces culturales del negocio patrio, exitoso como ninguno, de las experiencias viajeras y los *souvenirs touristiques*.⁴ ¡Sí, veamos que les echan a los *guiris* en la Plaza de BCN!

* * *

Fátimix aprovechó para presentarme a sus padres un vez que me pidió que fuéramos todos juntos a los toros de Madrid. El padre, que era aficionado y se había puesto el canal de pago para ver todas las ferias por la tele, nunca había estado en Las Ventas. Ahora el pobre hombre estaba enfermo terminal de cáncer y ella, que sólo había ido a los toros una vez de pequeña, quería hacerle a su padre moribundo un doble regalo: ¡Mira papá, me he echado un novio al que le gustan los toros! Desde aquella vez, ella solía ofrecerse a venir conmigo a la plaza cuando algún amigo tenía entradas libres, casi siempre por San Isidro. E incluso un verano, hace un par de años, fuimos a ver los toros en el Puerto de Santa María. Pero esta tarde, en Barcelona, me dice que no se apunta, que no se viene. Qué raro. No le pregunto la razón, pero me extraña su comportamiento.

* * *

Nada más salir del metro en la estación Monumental ya me huelo cuál va a ser el tenor de los prolegómenos del *chou*: grandes colas para comprar entradas carísimas en taquilla a escasos quince minutos del aviso inicial de los clarines y los timbales. Pagué veinticinco euros –tal vez fueran veinte– por una grada de sol del tendido cinco, el segundo asiento más barato de toda la plaza. Y no se la pillé a un reventa, qué va, la compré en la taquilla. En Las Ventas, una entrada similar para una corrida de la Feria de San Isidro me hubiera costado siete u ocho, puede que diez o hasta doce euros, si es que la hubiese podido adquirir en primera instancia a tan subvencionado precio. Por otra parte, en un domingo de julio, en la plaza de Mad-Ritz, no suele haber problemas de exceso de demanda.

A mi lado, delante y detrás, sin la fatiga que da saber que puede llegar uno con la corrida empezada, diversos miembros de pleno derecho de la clase turista: las europeas del este, siempre tan amiguitas, asiático-americanos de matrícula de honor, Erasmus italianos, gringos varios, de todo. Hasta una señora de Tafalla que parecía ‘aficionada’.

La plaza de Barcelona es un monumento precioso y resulta bastante más amable que ninguna otra plaza de toros que yo conozca. Arquitectura modernista, asientos tipo fútbol y mucho espacio para mover los pies entremedias de las localidades enfiladas. Las columnatas que soportan la grada no estorban la vista del espectador, son delgadas y están bien espaciadas, no como las de la grada de las Ventas, que encarcelan la mirada. Llego a mi sitio antes del paseíllo pero por los pelos: subiendo con urgencia las escaleras, tomo asiento en la grada semi desierta o bien semi poblada. A mi lado todo son turistas con cámaras de fotos, cámaras de vídeo, sonrisas enlatadas y guías de viaje.

Salen los toreros y sus cuadrillas. Les saluda una especie de peña de aficionados que reivindicar, con el toro de Osborne sobreimpreso en la *senyera* catalana, que «*la festa es nostra*». (A la entrada, unos primos suyos pedían a los turistas, con pancartas en inglés, que no diesen sus euros para el salvaje fresco sangriento de la España eternamente negara, ¡*punyeta la Espanyeta!*). Charnegos *granaínos*, me digo cuando escucho desde el tendido de las pancartas entonar ‘Que Vi / Va-el Fandi...’ con la música del *Que viva España* de Manolo Escobar. (El torero Fandila viene de aquellas tierras sureñas). A mi izquierda, tras la columna, hay unos cuantos estudiantes *americóreanos*. Los chicos del grupo, entre afeminados y deportivos gritan *Yeah!* y *Come on!* tras un par de banderillas marcha atrás del amigo Fandi. Las chicas son rubias y pintonas. Y aunque parecen algo amuermadas están bien listas cuando hay que disparar las cámaras. A la derecha, en la fila de arriba, una pareja de cincuentones. Ella, que se ha sentado de algún modo raro y le está tapando la vista a él todo el rato, me parece como checa o rumana. Mejor polaca. Justo encima de mi localidad, dos filas más arriba, hay un señor español que se emociona con la faena del Cid, y luego con las banderillas del Fandi se vuelve casi completamente loco. El señor, con el que entablo conversación ya en el primer toro, dice cosas con mucho sentido sobre lo que pasa en la arena. El señor es catalán, lleva cuarenta años viviendo en algún lugar de Barcelona capital, pero vino de Granada cuando era un crío y se ha sentido humillado, dice, al pasar junto a los activistas que presentaban queja a las puertas de la plaza. «Le hacen

sentirse a uno mal, parece que está haciendo mal». El problema, concluye ecuánime, el problema de fondo es que aquí, en Catalunya y en Barcelona, no hay afición. Claro, digo yo, la gente no entiende ‘de toros’, luego no entiende ‘los toros’. Y nos entendemos el señor y yo, más o menos.

* * *

El primer toro de Vitoriano del Río es un *tío*, un *pavo*. Y el que le sigue, que coge, empitonándolo por el muslo, al bólide granadino en su segundo par de banderillas, a diez metros del refugio de las tablas, es hasta bravo. Todos menos el pobre cuarto, que después de todo sólo estaba ligeramente tocado y habría sido válido en la muleta, tienen raza, ‘casta’ que dicen, y entran al caballo con alegría campera, empujando con fuerza a la bestia de debajo y derribando varias veces a la de encima o picador. Mandaron mucho los toritos serranos aquella tarde en Barça.

El Cid no puede ni tan siquiera con el pseudo inválido, animalito. Me viene a la cabeza un pensamiento criticón: este chico está como recalentado. Se pone chulo El Cid con unos aprendices de aficionado matón que le recriminan el largo sainete adefesio que se monta para pasaportar al cuarto toro. Vaya, uno que había venido a ver aplaudir cualquier sandez a los gringos y se encuentra con opositores a catedrático rústico del tendido siete con un par de cursos en la capital. A ver si el incauto (vulgo turista) voy a ser yo, que el espectáculo patético de «su república taurina integrista, purificadora, irascible, catoniana y cargante»⁵ ya me lo conozco: mantener el garrote en vilo y poner el dedo tieso para montar el numerito coreográfico de la cantinela de los siete nóes («¡No-no-no-no-no-no-nó!»). (Pregonar que uno está de parte del toro es algo así como declararse públicamente ‘de izquierdas’ o ‘de derechas’ en materia de ideas políticas: un disparate si bien se piensa pues los toros, como las ideas, se defienden solos). Estos mismos mozos viejos que a la más mínima se vuelven, en catalán eso sí, contra el palco presidencial, serán luego incapaces de aplaudir al quinto y al sexto toro, bravos que fueron, en el arrastre. ¿Pudiera ser que la plaza de Barcelona no les parezca sitio adecuado para ovacionar a un toro? ¡Qué tontería! A ver si van a tener razón los ecologistas...

Cuando El Fandí mata a su primer toro de estocada letal, el señor de encima mío pega un salto de su asiento y explota de emoción. Lástima que se haya dejado el pañuelito blanco en casa. Bueno, yo saco mi *kleenex* y pido las dos orejas: primero una y luego *la-otra, la-otra*, que hubiera escrito Vidal, el crítico codornicesco.⁶ Me llama la atención el sistema que usa la presidencia para evidenciar a los espectadores que ya va por la segunda oreja en sus concesiones: saca un segundo pañuelo y lo pone en paralelo con el de la primera oreja sobre la bandera que cubre el balconcillo de la presidencia. Así no es necesario que los desatentos vayan preguntando por los alrededores «¿la ha dado, la segunda?». (El sistema de publicación de dobles premios por la lidia y muerte de un toro que yo conocía hasta entonces empleaba un solo pañuelo, que el presidente sacaba, escondía, y volvía a sacar por segunda vez. Pero luego he vuelto a ver el sistema barcelonés en otra plaza, por lo que infiero que el reglamento taurino ha debido ser modificado en este punto concreto para adaptarse mejor a la actitud de ‘amable desatención’ que cunde entre los espectadores asiduos de corridas de toros, quienes ya no son sino muy minoritariamente gentes de campo y de pueblo. El sociólogo norteamericano Ervin Goffman, observó, hace ya sus años, que esta suerte amable o atenta de mostrarse indiferente ante lo que le rodea a uno es deriva cultural propia de gentes urbanas pero que muy evolucionadas).

El Fandí da la vuelta al ruedo acompañado de la banda sonora que hace furor en la grada parlamentaria: *¡Que Vi / Va El Fandí!* Convencido como estoy de que las dos orejas son merecidas, una por el estoconazo que le ha pegado al toro y la otra por repetir en banderillas al encuentro después de haber sido meado y cagado por el Vitoriano en el segundo par, lo que me tiene a mí exaltado sin embargo es el quite que ha hecho Castella –que le he visto hacer, vamos– al primer toro de El Cid. (El quite son capotazos con los que se saca al toro, se lo ‘quita’, del caballo tras recibir el castigo del *picaor*). Los delantales más apretados que he visto nunca. ¿O eran chicuelinas? Bueno, me han dejado impresionado. El señor de arriba, descamisado del Fandí como ha resultado ser, no se ha podido contener él tampoco, «¡Ese chico se está jugando la vida!» ha gritado. Buen capote tiene y qué valiente es Don Sebastiancín El Francesito, aunque su vista me sugiera un aspecto ligeramente más infantil de lo que me imaginaba por cuanto me habían dicho sobre él.

Pues lo cierto es que no lo había visto torear nunca hasta hoy a este Castella. Amigos abonados de la Feria de San Isidro hablan y no paran de lo jabato que es y lo bien que cruje con la muleta a los toros. De lo que no me habían dicho nada era de su capote, que también es fino pero que tela-tela. Ni de la pinta de niño cabezón que tiene. Ha nacido en Francia y, por lo que parece, su padre es un español emigrado y su madre una bailarina polaca. Esta es la noticia que hay de él hasta el momento, este en que acaba de salir a la arena el tercer toro de la tarde, otro morlaco de órdago. Vaya pavo, chaval. Si bien parece algo soso, pues en los capotazos de recibo está mostrando la proverbial tendencia ('querencia' que dicen los vaqueros) de los toros mansos a buscar la puerta por la que han salido al ruedo y pirarse de vuelta a los corrales. Y ya puestos al campo, por pedir que no quede. Falsa pista en todo caso: ahora el tío entra al caballo veloz como un rayo y apretando bien el cabezal por bajo del peto. Se lleva una primera vara notable, y en la segunda, a la que entra sin recelo alguno, pone a caballo y piquero contra las tablas. En banderillas hace eso que dicen en Madrid de que pide el carné del sindicato a todos los peones que andan bregando por sus dominios. Y acaba por hacerse el puto amo.

Ahí *tiés* toro, Castella.

* * *

El monaguillo herido por la zarza, el hijo de la bailarina, se viene para el toro con su trapito rojo y va y le hace una cosa pavorosa que yo ya le había visto hacer una vez a un torero mejicano, Alejandro Silveti, en la plaza de Madrid. En el centro del ruedo, donde dicen que una vez hubo una boca de riego, cita al vitoriano, que estaba marcando a los peones en el burladero de la sombra, pasándose la muleta por detrás de la espalda y comenzando a balancearla de un lado a otro, hacia arriba, como un galeón en la tormenta. Creo que a esto lo llaman el pase cambiado o el pase de las flores o la bernadina o vete tú a saber. Si le cambia el viaje al toro cuando lo tiene encima y no mueve ni las zapatillas ni las cejas ni el culete, la faena empieza en los cielos.

El niño con la cabeza de pepino tiene ya al toro encima pero le sigue cambiando el viaje el mamón *d'el*. A la derecha, a la izquierda, hacia arriba, ¡hacia abajo!, no una sino dos veces. El toraco *gualiseño*, que es un pavo y se había hecho el amo, pasa como un

kamikaze rozando el pechito inmóvil del muñeco, que no parece de la raza nuestra. No se le ha movido ni la manecilla del segundero a la criatura. ¡Bueno, bueno, bueno! ¡Esto no puede estar pasando! ¡Pero si estoy de vacaciones en la playa! ¡Rodeado de pinches *cosmopolitans* que lo aplauden todo, así pase un helicóptero!

Castella, que raro, ni es ni torea como yo me lo había imaginado. De hecho, al leer su nombre en el cartel del periódico, me vinieron a la cabeza todos los datos sueltos que sobre él se habían ido depositando en mi subconsciente durante sucesivas conversaciones con los colegones. Y en ningún documento de ningún fichero constaba este hecho: que torea como José Tomás. Vale sólo he visto torear a José Tomás una vez y de novillero –era su despedida en Las Ventas y salió por la Puerta Grande, pero pensamos unos amigos y yo, implacables talibanes como éramos entonces, que había venido medio pueblo de Galapagar, sus paisanos, a sacarle a hombros por cojones–.

(Incidentalmente, los infantiles del ‘Racing y la ‘Agrupación’, los dos clubes de fútbol que había en mi pueblo cuando yo era pequeño, jugábamos con frecuencia contra equipos de Galapagar con los que existía cierta rivalidad porque solían ser bastante buenos. Recuerdo las camisetas a franjas grises y verdes de nuestro uniforme y el canto de guerra aquel que los padres y las madres de los otros niños cantaban desde la banda cuando jugábamos en su campo: Galapaga-ar / Galapaga-ar / Galapagar-Galapagar-Galapaga-ar... Tenían un medio centro que jugaba muy bien, rubio, alto y fuerte, cuyo improbable nombre –John– corría silenciosamente entre nosotros como el de un ser mitológico. «Hoy juega el John», nos susurrábamos al oído en el vestuario, «le han visto, al John el del Galapagar». A mí solían emparejarme con un interior izquierda de ellos que se llamaba igual que yo pero tenía más cuerpo y mejor técnica. Aunque durante el partido nos entrábamos fuerte y a veces nos mirábamos a los ojos como fieras asustadas, al acabar siempre nos dábamos la mano como dos niños buenos. De vuelta a Colme, sentado en el autobús, imaginaba al otro chavalín sacando buenas notas, casi tan buenas como las mías, en su colegio galapagaresco, impoluto y marcial.⁷ Igual que imagino ahora a su vecino, el torero de leyenda que le plantó cara a la televisión, como una versión profunda de la primatóloga Diane Fossey, la chiflada por los gorilas salvajes que, en diciembre de 1985, apareció degollada en su cabaña del Parque Nacional de los Volcanes de Virunga, en Ruanda. O, mejor aún, como un alter ego español de Timothy Treadwell, el actor-samurai americano que quería reencarnarse en

oso pardo y acabó reencarnándose en un personaje de ficción que quería reencarnarse en caballo. Treadwell, el protagonista en el filme documental *Grizzly Man* montado por el cineasta alemán Werner Herzog, el trágico fantoche televisivo que terminó sus días devorado por un oso, es en realidad Alan, el niño que quería ser caballo de la obra teatral *Equus* de Peter Schaffer que fuera luego llevada al cine por Sidney Lumet.⁸ Pues la secreta vocación chamánica del torero de raza es reencarnarse en toro de lidia, Grizzly Man/Equus es también, de algún modo, Tomás, el enamorado de la bestia enamorada de la luna, el toro de la tierra que se hizo hombre y hombre roto).

Pero volviendo al caso, el caso es que la faena de Castella, o algo en ella, en su estilo, resuena con todo lo que me han contado sobre Tomás, El Torero Con Mayúsculas. Y es que se pone allí 'donde no se pone nadie'. Y no se quita. De frente al toro, lo cita por la izquierda, al natural, con la muleta plana y se lo lleva de paseo por detrás de la espalda, quebrándole la furia toda, una, dos y tres y cuatro veces. Y ya ha sido. Ya está.

El pase de pecho lo da, Castella como Tomás, ni por encima ni por debajo de donde está físicamente el suyo. El toro está mugiendo por dentro, no por fuera, es verdad que es bravo. Desde el tendido entendido piden música a la banda. Me levanto del asiento de un brinco y me lanzo contra la barandilla de la fila delantera, de pie, para aplaudir. Todos tienen que estar viendo lo mismo que yo, pero ¿qué está pasando? La señora que está a mi lado ¿qué es lo que ha visto? Bueno, como me ha parecido que puede ser polaca, voy a decirle eso que me han contado sobre la madre del torero que en la cara del toro vuelve a cambiar el vuelo de la muleta pase por la espalda una y otra y otra vez... es una bailarina polaca. «Where are you from?», ¿de donde es usted?, le pregunto en inglés. «*Ostreilea*.» Maldición. Es australiana. Me quedo mirándola a los ojos un instante, desconcertado, y vuelvo luego la mirada al ruedo. Castella, con lentitud frenética, está ligando otra tanda de pases al natural, es ya la tercera. El toro, como que tiene poder, arremete codicioso contra el paño y el torero se lo quita de la cara sin quitárselo nunca del todo, envolviéndolo junto a su cadera en el trapo impoluto, incorpóreo, trapo que no se puede atrapar. Sí, la muleta está hecha un trapo. No cae. Es un palo envuelto en un tira de tejido que casi no se ve y deja por ello ver todo lo que ya no tapa, el mecanismo del toreo. Se puede torear así, sin trapo, casi sólo con la mano, de salón, sin toro y sin público. Sin estar aquí. *Este* hombre no está realmente *aquí*, en la Monumental de BCN.

Pero debo estar borracho perdido y me temo que nunca antes lo había estado por esta sola y única causa. Malditos toristas y malditos turistas, me la han jugado bien unos y otros. Los primeros me hicieron creer que era posible saber de toros. Los segundos que ya todo es un asco y un sucedáneo. Vuelvo en mí y creo ver de nuevo allí abajo al niño cabeza'buque con el trapo hecho un trapo en su mano izquierda, la de los millones. Me abalanzo por segunda vez contra la barandilla de la grada, ¡Castella, qué torerazo!, grito al mundo con todas mis fuerzas. El torero, el chavalín, el torerazo, ha vuelto a encarnarse delante del toro y ya no se me olvidará nunca su imagen, yéndose de la cara del animal con la muletilla como envuelta, recogida en ovillo, puesta al revés y boca abajo, desarmada. También está borracho, se le ve en la cara, en cómo camina de chulo y por cómo se dirige hacia los tendidos con la mirada perdida.

Al volver a mi asiento, temblando de frío, otra *woman* que hay filas más arriba me hace un gesto de positividad con el dedo pulgar hacia arriba, sonriéndome. «*How many bulls are there?*» «There are six bulls, señora.» «*And this is the first man again?*» «Yes, the first man.» La señora australiana coge a su marido y se lo lleva de allí. Ni siquiera me mira al irse. Él, en cambio, pasa a mi lado camino del vomitorio y me lanza pésimas vibraciones en un fugaz mensaje que conozco bien: tristeza turística, peso de la señora, mal de África.

* * *

Sebastien sale volando por los aires en el sexto toro, cogido al inicio de la faena de muleta, que vuelve a ser honda. Cuando cae al suelo y se queda quieto parece otro muñeco aún más raro. Sólo cuando sube por los aires me convence todo lo que me habían contado de su valor temerario. Continúa la emoción aunque no me siento ya embriagado como en el toro tercero, la muleta corre fácil, sin tirones, pero sin anudársenos a la garganta como antes. Aún así, y es imposible, estoy viendo torear otra vez, dos veces en una misma tarde, al imposible matador de las vacaciones catalanas. Después de casi treinta años de asistencia intermitente a las plazas de toros, sólo había *visto torear* otras tres veces hasta hoy. Torear de verdad, que es un milagro: la primera vez fue a Pepín Jiménez, el maestro y profesor lorquino, con un toro de Guardiola en una corrida de la feria de San Isidro. La segunda, también en Madrid, a Luís de Pauloba,

un torero de Sevilla con una cicatriz enorme en la cara, con un toro de Palha (¿o era de Murteira y el de Palha el que se le fue vivo a los corrales en otra tarde isidril?). La tercera y última vez fue con Ana Fati en aquella corrida de agosto en El Puerto. Toreó José Antonio Morante, sevillano de La Puebla, de cuya espantada en su primer toro habían hecho chifla, chufla y rechifla los gaditanos. Luego le salió otro Domecq enorme y se puso a dar vueltas con él, en trance, cual derviches sufíes. Los gaditanos lloraban.

¡Vaya, qué putada! El chico este chico es incapaz de matar a los toros. Y su incapacidad me parece real, no es una metáfora. Es como si, durante la lidia, se hubiera ido enamorando de sus toros, como, seguramente, temen en secreto los más sensibles de entre esos antitaurinos vocingleros de ahí afuera a quienes los aficionados llaman ‘los ecologistas’. Sebastien mata fatal: de esto tampoco me habían prevenido mis amigos aficionados, qué cosas. Pero a mí, aquí y ahora, como también a algunos otros espectadores presentes, me da igual que mate fatal, que no sepa matar. Hay señores y señoras por allí y por allá, dispersos por todos los tendidos, a los que parece sucedernos lo mismo, qué delicia: hemos visto torear, qué nos importa ya el mundo. Hemos visto torear y no es posible, por eso nos frotamos los ojos incrédulos. En pleno verano, en *Barsolona*, en los dominios del vuelo chárter, de Ronaldinho y la Lonely Planet, hemos vuelto a presenciar el milagro del bípedo hendido que habla con la Tierra, el medio hombre de feria embrujando a la oscuridad que nos embruja, quitándose de la vida el embrujo ‘como si nada’. Dando salida a la muerte.

Cuando Sebastien y su cuadrilla hacen el paseíllo final para abandonar la plaza, vuelvo a gritar inclinado sobre el listón de hierro que separa grada y tendido ¡Qué torerazo Castella! Muchos otros le ovacionan emocionados desde el tendido belicoso de los pancartistas y la sociedad de amigos del Fandi.

* * *

Al día siguiente, lunes, de vuelta en Canet, bajo a comprar los periódicos para ver si encuentro alguna crónica de la corrida que me confirme lo que tengo metido en el cuerpo –a saber: que ocurrió algo asombroso en la tarde y no fui el único que se dio cuenta– desde que salí ayer de la plaza de toros de Barcelona, que ahora sé es un lugar

propicio al éxtasis de la verdad. ¡Qué grande sería ver allí un concierto de Antònia Font o del mismísimo Jaume Sisa!

Compro *El País*, edición de Barcelona, porque aunque no soy ya lector de las críticas taurinas de la edición de Madrid del diario que compro casi a diario (leía con gran Placer a Joaquín Vidal, el destacado del batallón chiflado de *La Codorniz* en las trincheras de las letras taurófilas, y también a Miguel Ángel Morcillo, pero hace tiempo que ya no escribe ninguno de los dos: Vidal murió y Morcillo parece que no siguió escribiendo *allí*), siempre atendía a la firma de un tal Pau Nadal, el sujeto que firmaba las crónicas desde la Monumental de Barcelona, porque no era críticón y contaba cosas que se notaba que había visto y no que le hubieran contado y que además resultaban amenas de leer, cuando no interesantes. Algunas veces, leyendo de pasada sus breves crónicas en *El País*, me había hecho asentir. También compré *La Vanguardia* con la esperanza de que, teniendo fama de periódico monárquico –fíjate que inducción más estúpida– hubiera allí una sección de toros aunque solo fuese para atraer a los turistas –inducción esta probablemente no menos estúpida ni menos correcta–. Y sí, hay también en *La Vanguardia* una crónica de la corrida de marras que, aunque en su momento me pareció estar vergonzantemente escondida en la sección de anuncios clasificados, bien pudiera haber sido puesta allí, ahora que lo pienso, por las mejores razones prácticas.

Bien: el Pau Nadal, el viejo Pablito Navidad, firma en efecto en *El País* una micro crónica, poco menos que un telegrama, de la corrida de ayer en Barna. El titular me desconcierta, me quedo perplejo: ¿pero qué clase de mierda es ésta? *Impactó Talavante*, dice. Tócate los güevos. Cuenta el crítico que Sebastien Castella estaba cogido y fue sustituido por otro torero que se llama Alejandro Talavante. Pero bueno, pero bueno, pero bueno, ¿y quién hostias es este indocumentado? Otra vez, como ayer en la plaza, no me lo puedo creer. El medio hombre resucitado era un tal... ¿Talavante? ¡Venga, hombre, qué mierda es ésta! En mi vida había oído ese nombre, en mi vida lo olvidaré.

Escribe el Pau unas líneas sutiles a propósito de la faena al tercer toro: él también lo vio. El milagro equivocado fue verdad, tal vez más verdad aún. ¡Quién dijo miedo!

El crítico de *La Vanguardia*, en cambio, es de la orden de los criticones, debe ser por ello que olvidé cual era su firma. Escribe que al Fandi le dieron en el segundo toro «dos orejas Mantecón» y se explaya luego sobre el Señor Mantecón, que preside las corridas, y el daño que le hace a la fiesta y a la afición barcelonesa tener un sujeto tan incompetente en el palco. El plumilla hace de portavoz de los listillos-matoncillos del tendido afrancesado, los que llevaban las pancartas con el toro catalán y abuchearon al Cid por torcerle la muleta a un toro que creyeron lisiado, sin razón a mi juicio. Los vicios de Madrid, tierra de matones serranos y listontos de pueblo y ciudad, trasladados a la Ciudad Condal en misión ilustrada de salvamento patriótico. Sólo leí la crónica, tan aburrida era, tan banal, tan trillada, hasta el final porque quería saber más cosas del sustitutivo Talavante. El criticón de *La Vanguardia* venía a decir, en el primer párrafo de su recuadro y como preludeo condescendiente para con el optimista recalcitrante que incluso los taurinos más amarillentos llevan dentro, algo así como que, en el tiempo de espera mesiánico que vive la fiesta nacional tras la retirada de José Tomás, el Cristo de Galapagar, y en espera de su segunda venida, el nombre del tal Talavante había comenzado a sonar entre ‘la afición conspicua’ (Vidal otra vez) como la reencarnación virtual más inmediata del arquetipo ancestral del hombre con cabeza y güevos de toro. El cornudo sagrado (Julian Pitt-Rivers). Luego también era cierto aquello otro: así debía ser como decían que toreaba Tomás, poniéndose ahí, de donde sólo podría quitarle un toro, frío, indefenso, muerto y resucitado en el mismo momento. El toro, algún toro alguna vez, ha debido pasar por ese sitio, que es el sitio, pegadito a su piel pero sin rozarle un solo pelo de las luces. Simplemente porque no podía saber que estuviera allí.

* * *

Tremendo: ahora yo seguía sin haber visto torear a José Tomás... ¡ni tampoco a Sebastien Castella! Como el toro que acariciaba su vientre al pasar, había visto obrar el milagro del toreo a otro hombre que tampoco podía saber que estuviera allí. Me pasó entonces como al tercer toro, que se fue de la plaza rendido y aún muerto al fantasma equivocado. Pero no es posible que el tal fantasma *no* exista. La ciencia puede atestiguar que el tal Talavante estuvo realmente en Barcelona este domingo de mediados de julio y que toreó como puede que nunca jamás. Algunos le vimos y le gritamos. ¡Castella, qué torerazo! (qué vergüenza cada vez que me acuerdo, como si fuese un puto turista...) estuvo entre nosotros por la tarde y se llevó aplausos furiosos, cosa de fanáticos. Se los

llevó y fue real. Se los llevó, se los llevó, se los llevó. Y fue verdad: Talavante tiene por fuerza que existir.

De mis amigos aficionados, a quienes llamé por teléfono dos días después, ya de vuelta en Madrid, nadie sabía nada. El primero, un cabrero madrileño, serrano y postmoderno a quien su abuelo Basilio inoculó el veneno de la gentileza taurina, me dijo que nunca había oído ese nombre; si bien me confirmó que mi segunda razón para acudir a la turistada de Barcelona también estaba errada: ‘lo de’ Vitoriano del Río ya no era un churro; se había recuperado y este año le habían dado el premio a la mejor corrida en la Feria de Madrid. Otro, en cuya abonada compañía catedralicia –grada del dos pegando al tres de la Ventas– conocí de la existencia de la afición ilustrada más fetén, que le sonaba, decía, haber oído ese nombre pero que creía que era un novillero que aún no había tomado la alternativa. Aunque, añadía, que no prestaba nunca demasiada atención a esas historias, todos los años repetidas, del novillero que va a poner en orden la fiesta en cuanto tome la alternativa. Tiempo más tarde, cuando le envié por correo electrónico un primer borrador de este relato, este mismo amigo que también fue mi maestro, me escribió, alborozado, que la experiencia de creer estar viendo al torero equivocado es maravillosa. Sólo que nunca puede disfrutarse plenamente en la plaza de Madrid pues «siempre aparece por ahí algún gilipollas que te saca de tu error, qué horror.» El tercero de mis contactos con la afición, andaluz profesoral un tanto malaje y talibán madrileño de temporada, no estaba disponible cuando le llamé y tuve que dejarle un mensaje en su contestador con estas dos únicas palabras: «Alejandro. Punto. Talavante. Punto.»

Poco a poco el fantasma equivocado comienza a hacerse cuerpo mortal. En Google, el robot buscador de información en Internet, salían varias páginas web con fotos y entrevistas del señorito... Sólo tiene dieciocho años, dicen los datos de Internet. Tampoco me equivocaba en esto, es poco menos que un crío y así lo parecía, con esa cabeza de pepino... Es natural de un pueblo de Badajoz, San Pedro de Algo... Hijo de un veterinario de la Junta de Extremadura que se lo llevaba con él a visitar la finca donde el torero Joselito Arroyo cría sus toros... Le había hecho una buena faena a un novillo en la feria de Madrid de este mismo año... Acaba de tomar la alternativa en Cehegín, Murcia, pueblo natal del matador Pepín Liria, justo la semana de antes de su presentación semi clandestina en Barcelona... Harto heréticamente, el jovenzuelo pacense se define, en una entrevista con un ciberperiodista, como una especie de samurai... Y así, dato a dato, se

va haciendo memoria presente el sueño irreal de una ilógica tarde de verano. Soñé que veía torear, qué ordinariez. La presencia mental de lo extraordinario se hace cada vez más real, más vulgar. Una inocentada turística, tal vez. (La última en la frente: buscando información en la gran enciclopedia galáctica de Internet sobre la corrida del 16 de julio de 2006 en la Monumental de Barcelona, leo, en una página web que se llama 'Portal Taurino' que sólo era de Vitoriano del Río el sexto toro, el que derribó al caballo en varas y cogió luego al chavalote-cabeza-de-misil al principio de la faena. El hierro titular de la corrida, del que se lidiaron cinco toros, uno de los cuales fue devuelto, era Cortés; y aún el sobrero que hizo cuarto era aún de una tercera ganadería, El Torero.⁹)

La multiplicidad fragmentaria e inagotable de omisiones y equivocaciones factuales de las que es susceptible el relato oral o escrito de lo visto, oído y sentido por el espectador durante una corrida de toros permite, a contrapelo, entrever algo más claramente la hipercomplejidad de esta estrafalaria suerte de ajedrez mental que practica el aficionado obsesivo a los toros. Ese niño grande provisto de boli y libretilla que, sentado en el tendido o tendido en el sofá de su casa, va apuntando, en florida taquigrafía castellana, el hierro (Cortés, El Torero, Vitoriano del Río...), la ascendencia genealógica (Saltillo-Villamarta, Conde de la Corte con algo de Covalada, lo del Duque de Veragua que compró luego Hernández Plá, Miura pero ya casi Domecq...), el peso (un toro de lidia puede pesar entre 430 y 720 kg. más o menos), lámina (berrendo en negro, zahíno, burraco, ensabanao, listón, cárdeno, *colorao* 'ojo de perdiz', botinero, calcetero...), cornamenta (playero, veletto, descarado, tuerto) tamaño (largo, escurrido, alto de agujas...) y estampa general (badanudo, ensillado, engatillado, enmorrillado, con trapío, un gato), nombre (Gamito, Ventero, Burlero, Capitán, Canastero, Belador...) y año de nacimiento de cada toro (cinco años, seis yerbas), novillo, becerro o eral.

Y luego su comportamiento en los capotazos de recibo (mete la cabeza, embiste con fijeza, es manso o despistado, va como un tren, se cuela...), en varas (sale suelto, va de largo, romanea, derriba, se cae...), en banderillas (alegre, borracho, inválido, peligroso...) y en la muleta (embiste dulce, pega arreones, hace el avión, se raja, se come al torero...). Y otro tanto para el matador y su lidia, empezando por lugar y fecha de nacimiento, presentación con picadores, temporadas de novillero, padrino y testigo de la alternativa y, en su caso, de la confirmación, temporadas como matador, el terno que viste hoy (rosa palo y oro, como Antoñete aquella tarde), la cuadrilla que lo acompaña...

El cuestionario de los entendidos sigue con otra larga lista de *items* referidos al desarrollo de los tercios de lidia –picas, banderillas y faena– con detalle inexcusable de las distintas suertes empleadas en cada uno (sólo de capote y muleta habrá más de doscientas), y acaba con los múltiples casilleros de la estocada final, para la cual hay tropecientas combinaciones según colocación (pescuecera, delantera, en la cruz, trasera, ladeada, caída, contraria, bajonazo, golletazo...), inclinación (tendida, perpendicular, bien dirigida) y profundidad (mete y saca, pinchazo, pinchazo hondo, estocada corta, media lagartijera, honda, estocada, hasta la bola en to' lo alto).¹⁰

* * *

Al poco, en agosto de ese mismo año, logré ver al verdadero Sebastien Castella vestido de luces en las fiestas de mi pueblo, rodeado de la familia, los amigos y los paisanos, españolitos todos. Y estuvo muy bien, es verdaderamente un torerazo este Castella. Luego, caído ya el nuevo año, convoqué a un par de amigoides para ir a ver torear (¿de nuevo? ¿por vez primera?) al tal Talavante quien se presentaba antes de la Feria de San Isidro en Las Ventas del Espíritu Santo a confirmar su alternativa *mursianica*. Le cortó las dos orejas al último toro, invalidillo el pobre, con una faena que fue de menos a más y llegó muy alto. La danza de muletales finales le puso la carne de gallina al nieto del señor Basilio y a mí me devolvió, neta, a la memoria la imagen perdida original de aquella tarde de verano barcelonesa.

Ana y yo, bajando por la riera grande de Canet en compañía de dos amigas de Mónica que han venido a comer y a pasar la tarde en la *platja*. Ella lleva su blusa verde pistacho y una falda vaquera. Él, el mi blanco disfraz de ángel pitiuso. Nuestros caminos están a punto de bifurcarse desde aquí a la eternidad (*una eternidad / sin amor / es muy duuuu / uraaaaa...*) Nos besamos y abrazamos junto al semáforo en verde de la carretera de la costa y partimos peras. Las mujercitas tiran hacia el norte, a pasear por la playa; el hombrecito, al sur, a coger el tren de la ciudad. A ver a los turistas. A ver a los toreros. A los toros. Cuando enfilo para la estación de cercanías aún puedo escuchar a mis espaldas a Sandra la ibicenca que le pregunta a Fátimix «¿Siempre se pone tan elegante para ir a los toros?» Su respuesta nunca llegó a mis oídos, la brisa tramontana se la llevó mar adentro. Pero ahora que nuestras vidas se han separado definitivamente, ahora que

la increíble aparición clandestina de nuestras últimas vacaciones juntos es llevada a hombros hacia la calle de Alcalá... me asalta la duda de si no fue ella, la siempre ilógica, la ya casi irreal Ana Fátima, quien encargó para mí, en la fábrica ancestral de la risa redentora, una memorable inocentada turística que podría llevar por título *Talavante en Barcelona*.